



NUEVO , Y CURIOSO

ROMANCE , DONDE SE DECLARAN LOS AMOROSOS
 sucesos de Don Jacinto , y Doña Marcelina en la Ciudad de
 Teruel. Refierele como aviendo Don Jacinto dado muerte à
 dos primos de esta Dama , hizo ausencia de su Patria , y como
 la Dama lo fue à bulcar. Con lo demàs , que verà el
 curioso Lector. Sucediò este presente año de 1744.

PRIMERA PARTE.

SUpuesto que de Poetas
 es el noticiar los casos,
 he de noticiar ahora
 uno , que les cause espanto.
 En la Ciudad de Teruel,
 cuya pompa , cuyo fausto,
 cuya sublime grandeza,
 cuyos triunfos , cuyo lauro,
 es digno que lo merezca;
 mas aquesto no es del caso.
 Voy à que en esta Ciudad
 la fama ha celebrado

bellezas , aqui naciò
 Doña Marcelina , dando
 muestras de su gallardía,
 pues desde los tiernos años
 de aquella primera infancia;
 muchos Mancebos la amaron;
 Festejabanle la calle
 à deshora , mas en vano
 se cansaban , porque siempre
 vivió con grande recato.
 Muriò su Padre , y muriò
 su Madre tambien , pagando



la deuda, quedando sola
esta de Venus retrato,
Y aunque en su casa es lo cierto,
que el estruendo de criados
fue grande, no le faltó
compaña, mas en faltando
el gobierno, falta todo;
así lo dice el adagio.
Amabala un Cavallero
con muchos extremos, dando
en pasrearle la calle;
es verdad, que era bizarro.
Escribióle muchas veces,
sin respuesta; fueron tantos
sus ruegos, que à tanto amor
logró letra de su mano,
à donde con alborozo,
gustoso en ver que ha logrado
la dicha bien merecida;
rompió la nema à su salvo
conducido, leyó el papel,
declarando lo notado,
decía de aquesta suerte:
Señor, à vuestro mandado
estoy; mas has de saber,
joven, en quien idolatro,
que no fueron vuestros ruegos
los que me gratificaron;
porque desde la primera
vez que yo os ví, me robaron
vuestros ojos las potencias,
y así pretendo entregaros
el corazón, si ha de ser
sirviendo à Dios; y à no, alzo
mano de lo referido,
y ha sido vano el cansancio;
que si á costa del decoro
ha de ser, primero el Alto
Rey de los Cielos, y tierra
embie con furia un rayo,
y en cenizas me deshaga,
que mi pundonor bizarro

falte à ser lo que hasta aqui
ha sido: lo que os encargo,
es, el que me ameis de veras;
que de mi seréis amado;
y con esto, dueño mio,
quedaos à Dios, que remato
la carta, pues la respuesta
vos no la dareis en blanco;
y advertid, que aquesta noche,
cierto, à las once os aguardo
por la puerta del Jardin,
que es sitio mas solitario,
por donde podrá tener
mi corazón el descanso.
Apenas leyó el papel,
dentro de un quarto se ha entrado
discurriendo lo que suele
resultar en estos casos.
O que bien lo discurrió!
pues fuertemente se ha armado;
segun se vió la experiencia,
que de veras era guapo.
En fin se ocultó el Planeta
mayor, la noche ha llegado,
llegó la hora, y salió
tan galan, como alentado;
Fue à la calle de su Diosa,
y sutilmente ha tocado
dos golpes, quando las puertas
amplias se manifestaron.
Entró, y con dulces cariños,
y tiernísimos alhagos,
con discretas cortesías,
honestamente se hablaron,
y gran parte de la noche
se llevaron platicando,
hasta que por fin se dieron
de casamiento la mano,
y palabra, que los dos
firmemente se adoraron.
Despidieronse gustosos,
salió Don Jacinto Castro

à la calle, y sucediòle,
que à pocos passos andados,
llegan à reconocerlo
dos primos del yà nombrado
hechizo, y de otros dos
à este tiempo acompañados;
y sin aguardar razon,
à su azero metiò mano:
los otros lo mismo hicieron,
pegó con quatro contrarios,
que el que menos bien podia
renderla con el mas guapo.
El mostrando su valor,
batallò como un Bernardo,
y à dos de ellos dió la muerte;
y viendolo yà arrestado,
desampararon la calle
los dos, que vivos quedaron.
Quiso llegar à la puerta
de su Dama, y lo ha mirado
mas bien, porque discurrió
de si sería juzgado
de vecinos, que à el ruido,
no es mucho ayan despertado.
Haciafe diferentes
discursos, considerando
en que suceder podia
à la Señora algun daño,
y congoxoso decia,
en su misma mente hablando:
Si me la llevo conmigo,
es su credito ultrajado;
si han ignorado mi entrada,
si mi salida ignoraron,
lo demás, que lo padezca,
lo hallo corto embarazo.
Lo mejor es retirarme,
y luego lo ha executado,
tomando amparo en un Templo,
porque le valga el Sagrado,
hasta llegar à saber,
si dicen ser el culpado.

Y así fue, que nunca falta
quien hable demasiado,
pues no faltó quien dixesse
lo que en el caso ha pasado.
Vigilante la Justicia,
lo buscaba con cuydado,
y fue preciso ausentarse;
primero ha determinado
despedirse de su amada
prenda, que tanto ha estimado.
Dexó passar unos dias,
que estuvieste sossegado
algo el rigor, y una noche
de obscuridad, amparado,
y armado de su valor,
salióse, el Templo olvidando.
Dexolo aqui, que es preciso,
pues de la Señora tardo
en referir sus angustias,
su pena, fatiga, y llanto,
pues por su amante lloraba,
juzgandolo sepultado:
al tiempo que Don Jacinto
llamò, y con gran sobresalto
salió à recibirlo entonces,
dulcemente se abrazaron.
Del gran gozo no podian
formar acento los labios;
y despues que en sí bolvieron;
dentro del Jardin se entraron;
lo que pasó entre los dos,
solo Dios puede juzgarlo.
Despues de amorosos lances,
que entre dos enamorados
suceden, se despidieron.
Doña Marcelina de Haro
dixo à su Amante con ruegos:
Querido dueño, os encargo
no me olvideis, pues mi pecho
de amor se halla abrasado.
El Amante respondió:
Yo vuestro nombre fixado

lo llevo en mi corazon,
y no es posible olvidaros;
Apartóse Don Jacinto,
la Señora suspirando,
con tristes lamentaciones
quedó, y él ponerse en salvo
procuró, porque las partes
son recias, fuertes contrarios.
Entró en su casa, y mandó
le enfillassen dos cavallos,
Executaronlo en breve,
y despues de ya enfillados,
se despidió de su Madre;
èl, y un criado montaron,
tan bizarros, que à la muerte
juzgo causaràn espanto.
Al salir de la Ciudad
con la Ronda se encontraron.

Quién và à la Justicia dicen;
y la respuesta que han dado,
fue con un grande trabuco
de bala, y posta atacado,
derribò quatro Ministros,
con ellos un Escrivano.

El criado exercitò
las armas con tal cuydado,
que à Dios pedian clemencia
leis, que sus deudas pagaron.
Viendo la gran resistencia,
y que pocos vãn quedando,
les dieron franca vereda,
por donde los dos marcharon.
Y aqui este primer Romance,
yo Manuel Martin remato.
y el suceso en el segundo
quedarà finalizado.

F I N.

6
✠

SEGUNDA PARTE,

DONDE SE DA NOTICIA DEL VIAGE, QUE HIZO DOÑA Marcelina en seguimiento de su Amante Don Jacinto, y de la española aventura que en la aspereza de un Monte le sucedió, hasta que por fin consiguió su calamiento, con otros varios sucesos, que le acacieron.

AL punto que Don Jacinto salió de su Patria huyédo, Cartas de requisitoria embiaron por el Reyno, para que por donde quiera que lo hallassen, fuesse preso; pero él se fue à Cataluña, donde anduvo con acierto, y allí comprò una Vengala de Capitan, y el dinero, que todo lo facilita, allà le valió à su dueño. Le diò à entender al Criado, honrandole con el puesto de Alférez, que lo estimaba, por sus crecidos alientos. El servir al Rey le fue fruto de gran valimiento, pues en heroycas partidas logró gallardos empleos. Riñò en diversas campañas brazo à brazo, cuerpo à cuerpo, siendo suyas las victorias, quedando con gran trofèo, con grandes felicidades en honores fue creciendo. Dexaré en aqueste estado à Don Jacinto, y bolviendo à la Señora, que estaba con notable sentimiento,

careciendo de la vista de su Amante, y disponiendo que el Mayordomo quedasse en las cobranzas impuesto, administrando su hacienda; y para que en ningun tiempo ningun deudo suyo pueda hacerle daño, al momento, por mano de un Escrivano, hizo una Escritura, y luego vestida à lo Militar, en un cavallo, que el viento parece le prestó alas en lo velòz, y ligero, salió, y antes de salir de la Ciudad, caso es cierto, que fue, y buscò à los Padres de los que yacen yà muertos, porque aumentaron las causas, breve los quitò de en medio, y con heroyco valor salió al campo: à poco trecho encontró con dos Soldados, y haciendo mofa, dixeron: Mire el rapaz, que alentado, Y de chanzas no entendiendole, arrancando una pistola, à el uno echò por el suelo. Viendo tal valor el otro, y tan grande atrevimiento,

metiò mano à una escòpeta;
y à el disparar no diò fuego,
Arrojòse del cavallo,
y de un rejonazo fiero
à sus pies rindiò la vida
el desgraciado Mancebo.
Bolviò à montar, y en los Montes
de Cataluña, al encuentro
salieron quatro Vandidos,
y la bolsa le pidieron;
y echando mano à una charpa,
se armò tan cruel incendio,
que tres quedaròn difuntos,
y el otro se escapò huyendo.
Buscòlo por todo el Monte,
con pensamientos diversos,
donde descubrió una cueva,
y entò en ella sin rezelo.
Viò dos ferozes Gigantes,
con espantables azeros,
y como que le amagaban;
y de la parte de à dentro
se oía (qué admiracion !)
terribilísimo estruendo:
dudò la entrada, no es mucho,
que le ocasionasse miedo.
Mas recobrandose un poco,
esforzandose el aliento,
por entre los dos Gigantes,
sin recibir daño de ellos,
se entrò, à tiempo que un Leon
horrible, espantoso, y fiero,
y una Serpiente, que à silvos
causaba horror (caso horrèdo !)
mas un Toro, que velòz,
muerte venia ofreciendo.
A este tiempo desnudò,
con furia el brillante azero,
y haciendo cara con él,
se deshizo todo aquello.

Se oyò un voráz estallido;
que à tan temeroso trueno,
pareciò se estremecian
todos los quatro Elementos.
Libre del susto, se hallò
en un Jardin muy ameno,
y que un heroyco Palacio
le avecindaba. En efecto,
viò una gentil hermosura,
Mora, y Reyna de otros tiempos,
que con discreto donayre
galanteaba su cuerpo
galas de rico brocado,
y joyas de mucho precio;
A su presencia llegò,
y le dixo: Os agradezco
el valor que aveis mostrado;
dicha vuestra fue el tenerlo,
y mia, pues que me hallo
libre de este encantamiento.
Aveis de saber, que yo
tuve un illustre Maestro,
este de Nacion Christiana
era, y con grande secreto,
me diò à entender la Doctrina
Christianiana: fue que los Cielos
lo traxeron para ser
yo dichosa, èl nada menos;
pues no me faltan noticias
de que fue à gozar, es cierto;
de la Bienaventuranza.
Muriò por la Fé, y por esso
lo asseguro; y fue, que el Rey
mi Padre, que era gran perro,
llegò à saber, que trataba
ser Christiana (oy lo deseo)
à èl le hizo que muriesse
al rigor del fuerte incendio
de una hoguera, y à mi
me ècerrò en un quarto estrecho
para

para que alli poco á poco
fuesse pagando mi feudo;
y en tiempo que los Christianos,
como tan grandes guerreros,
entraron ganando à España,
mi Padre, y todos huyeron.
Entonces, Señor, entonces,
(no me pesa, no, de averlo
padecido) fue, que un Moro
Magico, a queste embeleco
originò, por si acaso
bolviessen à ganar ellos,
me encantaron; y assi he estado
hasta ahora padeciendo.
No tengo con que pagaros
lo mucho que por mi has hecho,
si no es con la plata, y oro,
que puede valer un Reyno.
Y solo el favor que aguardo,
es el Bautismo; con esso
irè à gozar de la Gloria;
y no es galardòn pequeño:
pero aqui fuentes no faltan
en el sitio en que nos vemos.
Assi que reciba el agua,
pago la deuda que debo:
alli està una sepultura,
dareis sepulcro à mi cuerpo.
La súplica executò
del dicho pedimento,
y entrando en el Palacio,
registrò todo su centro.
Mas referir la grandeza,
el adorno, el aderezo,
las prendas de plata, y oro,
por imposible lo tengo.
Grangè el mayor tesoro,
que se ha visto en lo terreno,
donde adquiriendo criados,
se quedò en aquel Desierto.

Bolvamos à Don Jacinto,
que aviendo ocupado el puesto
de General, que el valor
suele dár merecimientos,
con gran deseo de vér
su Patria, libre de riesgos,
bolviò, y entrando en el Monte,
à la vista descubrieron
èl, y el criado el Palacio,
y maravillados fueron;
y fue, porque no avian visto
en el sitio lo que vieron.
En fin, la curiosidad
allà los llevò ligeros,
donde Doña Marcelina
conociò à su Amante presto.
Disimulando advertida,
les dixo: Pues, Cavalleros,
si algo se ofrece, aqui estoy;
y al momento respondieron:
Solo de a queste edificio
vér su fabrica queremos.
Alegre les diò licencia,
entraron los dos à dentro,
llevandolos à el Jardin,
porque gocen de recreo
en tanta suma de flores,
de matizes tan diversos.
No divirtiò Don Jacinto
la vista en lo que refiero,
porque en Doña Marcelina
era todo su embeleso.
Mirabase el uno al otro,
à su Dama conociendo;
èl dudoso, porque el trage
le desmentia. A este tiempo
trabaron conversacion.
Preguntòle: De què Pueblo
sois, Cavallero? Que yo
os pido perdon, si yerro.

No ay yerro, que antes à mi
me parece el conoçeròs;
solo me desmiente el trage,
que ahora presente veo,
de la Ciudad de Teruel
soy, la verdad os confieso,
seis años ha no la he visto,
porque de allí sali huyendo.
Fue la ocasion una Dama,
en quien el buril supremo
dibuxò tanta belleza,
que era de todos compendio.
Despues sirviendo à mi Rey,
alcancè, logrando en premio
ser Capitan General,
y en el dilatado tiempo,
jamàs batallè con gusto;
sì, que yà del amor ciego,
era de los enemigos
cruel rayo, fuerte incendia
No poder deciros mas,
lo ocasiona el sentimiento;
lloraba, como si fuera
entonces infante tierno.
Y no pudiendo sufrirlo,
los brazos le arrojò al cuello,
diciendo: Querido Amante,
vos sois à quien reverencio,
tu eres mi Esposo querido,
mi sèr, todo mi consuelo;
y soy quien dexè à mi Patria,
mi casa, bienes, y asiento,
solo por ir a buscaros,

mirad si os estimo, y quiero,
hasta aqui lleguè, y aqui
ganè el oro que poseo:
de todo lo que ha passado
lo hizo capáz por extenso.
A la Ciudad de Teruel
luego al instante se fueron,
donde saliò el Mayordomo,
con grande acompañamiento
de deudos de la Señora,
y de su Amante los deudos.
Referir el aparato,
con que recibidos fueron,
lo tengo por imposible,
las bodas se dispusieron.
Celebraronse, y en ellas
lidiaron Toros sobervios;
huvo cañas, y alcancias,
diferentes instrumentos,
y musicas, que elevaron
à aquellos, que las oyeron,
mesa franca para todos,
entrada al que quiso dieron.
Y siendo yà desposados,
placer, y dicha tuvieron,
alegria, gusto, y gloria,
paz, amor, bienes, contentos;
los dos mas finos Amantes,
que prodaxo el Uniuerso.
A donde Manuel Martin,
à aqueste heroyeo suceso
le dà fin, y al Auditorio
pide perdon de sus yerros.

F I N.